



POPPER Y EL CONCEPTO DE VERDAD

Hugo Ochoa

POPPER Y EL CONCEPTO DE VERDAD

Resumen: En el presente trabajo, a partir de un cierto carácter evolucionista de la epistemología de Popper, carácter que él mismo admite, se muestra cómo la concepción de verdad que articula su teoría, se acerca más al pragmatismo de James que a la teoría semántica de la verdad de Tarsky, como él pretende.

Palabras clave: Popper, verdad, evolucionismo, Tarsky.

POPPER'S CONCEPT OF TRUTH

Abstract: Based on a certain evolutionist feature of Popper's epistemology, feature which he himself admits, this work shows how the conception of truth articulating his theory is rather closer to James' pragmatism than to Tarsky's semantic theory of truth, than he claims.

Keywords: Popper, truth, evolutionism, Tarsky.

Hugo Ochoa

Instituto de Filosofía, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso

rochoa@ucv.cl

POPPER Y EL CONCEPTO DE VERDAD

Popper, al principio con una cierta reticencia pero luego con decisión, acepta la calificación de su epistemología como “evolucionista” (POPPER, 1995, 109), y entiende este término en un sentido análogo al evolucionismo biológico. La analogía radica en que así como la vida tiene que anticipar desde el principio las condiciones de su supervivencia en un medio ambiente futuro y, por lo tanto, no conocido, si ha de prosperar, asimismo, el conocimiento humano no es meramente reactivo sino proactivo.

Se trata, por cierto, de su teoría conjetural del conocimiento, que la reitera bajo diversas formas en distintos textos, pero ahora la refiere a las formas de vida, por cuanto según Popper, “la adaptación de la vida a su medio ambiente es una forma de conocimiento” (POPPER, 1995a, 113). A este respecto agrega al pasar, sin embargo, que para que la vida “tenga éxito” las condiciones del medio ambiente tienen que ser “estables”. No obstante, la estabilidad no puede significar una mera conservación y permanencia de las condiciones que habrían permitido la vida, por cuanto en la medida que la vida entraña actividad, debe haber una suerte de acoplamiento entre los cambios del medio ambiente y los cambios y necesidades que experimenta la vida, lo cual es primariamente evidente, por ejemplo, en la sucesión del ciclo de las estaciones y el ciclo vital de los vegetales. De modo que esta estabilidad del entorno natural significa “regularidad”, de allí que la “expectación” respecto del futuro que, como insiste Popper, es lo propio y central de la adaptación, tiene éxito, se cumple, en la medida que se encuentra con una regularidad. Pero tal es, por otra parte, el supuesto de todo inductivismo, vale decir, el que los fenómenos se suceden con tal regularidad y legalidad que de la constatación de condiciones particulares se puede inferir una norma general. Sin embargo, entre predicción inductiva y expectación conjetural habría una diferencia fundamental: la segunda tiene su origen y punto de enclave en el sujeto, en cambio la primera encontraría su fundamento en el mismo orden presuntamente objetivo. Un orden objetivo no sólo en lo que respecta al medio circundante, sino también respecto de la organización de la vida misma, representa para todo

evolucionismo el único problema real en la medida que este orden parece difícil de explicar desde la teoría misma.

Darwin, a su vez, procede conjeturalmente, por cuanto su teoría no se formula a partir del descubrimiento de los eslabones fósiles que, según presupone su teoría, debería haber entre las distintas especies, sino que éstos aparecen como tales eslabones sólo a partir de la hipótesis evolucionista. Más aún, como Darwin señala, “la geología, ciertamente, no revela la existencia de tal cadena orgánica insensiblemente gradual; y ésta, acaso, es la objeción más clara y más grave que se ha presentado contra la teoría. La explicación estriba, a mi parecer, en la extrema imperfección del archivo geológico” (DARWIN, 1983, 392). Pero al desestimar el registro geológico de alguna manera inmuniza su teoría, y lo hace explícitamente cuando sostiene verificacionistamente que “siempre se puede dar crédito a las pruebas positivas; las negativas no tienen valor alguno, como tantas veces ha demostrado la experiencia” (DARWIN, 1983, 418).

Por otra parte, las dificultades que encuentra Darwin no se refieren sólo al registro geológico, como el mismo Popper recuerda (POPPER, 1995b, 254), la dificultad mayor estriba en el “problema del diseño”, según la formulación de Paley, la cual representaba una objeción a la teoría de la evolución difícil de contestar. Según Paley, la perfección e interdependencia de los órganos y estructura del ser vivo responderían a un “diseño” y exigirían, por lo tanto, un diseñador. A este respecto Darwin afirma: “No creo haber admirado más un libro que la *Teología Natural* de Paley. En otro tiempo casi podía recitarlo todo de memoria” (POPPER, 1995b, 254). Y en su *Autobiografía* escribe respecto de Paley: “el cuidadoso estudio de [sus] obras [...] fue la única parte del curso académico que [...] fue de utilidad para mí en la educación de mi mente” (Darwin, 1984, 340). Así, pues, a Darwin le parecía que la formación de órganos complejos representaba un serio problema para su teoría, por cuanto “casi todas las partes de todo ser orgánico están armónicamente relacionadas con sus complejas condiciones de vida, que parece tan improbable que una parte cualquiera haya sido producida súbitamente perfecta como el de una máquina complicada haya sido inventada por el hombre en estado perfecto” (Darwin, 1983, 96). Resulta tan improbable que se produzca drásticamente una variación global dando lugar a un órgano completo y, además, interconectado perfectamente con la totalidad del organismo y con las condiciones del entorno, que Darwin se vio obligado a sostener que la transformación es un proceso gradual.

Darwin mismo no se sentía satisfecho del todo con esta respuesta, particularmente en lo que se refiere a la estructura del ojo que, dada su complejidad, parecía no poder ser explicada en términos de una evolución paulatina. Sin embargo, creyó poder explicar este fenómeno acudiendo a una presunta paulatinidad evolutiva entre los distintos tipos de ojos conocidos (DARWIN, 1984, 345; 1983, 237), es decir, a partir del ojo de ciertas especies que sólo pueden distinguir la claridad

y la oscuridad, habría continuado una evolución progresiva hacia el ojo de los artrópodos, de los peces, de los reptiles, y así sucesivamente hasta el ojo de los mamíferos superiores. De modo que el proceso evolutivo sería sistemáticamente perfectivo, por cuanto las formas más perfectas y complejas suplantarían a sus progenitoras menos perfectas. “La selección natural obra exclusivamente mediante la conservación y acumulación de variaciones que sean provechosas en las condiciones orgánicas e inorgánicas a que cada ser está sometido en todos los periodos de su vida. El resultado final es que todo ser tiende a perfeccionarse cada vez más en relación con sus condiciones. este perfeccionamiento conduce inevitablemente al progreso gradual de la organización del mayor número de seres viviente en todo el mundo” (DARWIN, 1983, 179)

Se puede ver con claridad cómo esta hipótesis de la evolución es perfectamente coincidente con la concepción de Popper, tanto respecto del progreso científico, como de lo que llama, en otro orden, “ingeniería social gradual”. Ahora bien, Popper describe la vida como la capacidad de resolver problemas y a los organismos vivientes como los únicos complejos en el universo que resuelven problemas (POPPER, 1995a, 64). Ciertamente esto no significa que haya que atribuir a la vida conciencia de los problemas a resolver, sino que la tensión radical que exige el afán de sobrevivencia frente a la amenaza constante que entraña el comercio con un entorno sólo conjeturado, significa de hecho un divorcio entre el mundo de la vida y el mundo objeto de conocimiento. De modo que, desde esta perspectiva, este divorcio constituye el problema central al que se ve enfrentado el ser vivo, divorcio que sería irremontable e insuperable. La conjetura vital, entonces, no hace sino intentar un acercamiento entre el mundo de la vida y el mundo cognitivo, y esa coincidencia puede fallar o tener éxito, según que acierten o no las conjeturas, lo cual significa verificación (provisoria) o falsación (definitiva) en términos de sobrevivencia o muerte.

Es necesario tener presente que la tesis que afirma que todo nuestro saber es hipotético, conjetural (POPPER, 1995a, 64), significa que la pretensión de alcanzar un conocimiento definitivo es simplemente una quimera, pero eso quiere decir, entonces, que esas aproximaciones entre ambos mundos, el de la vida y el cognitivo, carecerían de un sistema de contrastación empírica positivo, sino que esta contrastación se daría sólo negativamente como falsación. El choque de las hipótesis con la realidad en ningún caso puede significar una forma de verificación, porque su carácter hipotético significa una apuesta más o menos a ciegas; toda teoría, así como ocurre con los mismos órganos de los seres vivos en el proceso evolutivo, se constituye como un *a priori*. No hay una “adaptación” propiamente tal de los seres vivos al entorno, porque eso supondría un previo conocimiento del entorno antes del surgimiento del órgano o la facultad que en este entorno ha de operar. Popper sostiene a este respecto, pues, que “todo lo que sabemos es genéticamente *a priori*, *A posteriori* es sólo la selección de aquello que nosotros mismos hemos descubierto *a priori*” (POPPER, 1995a, 110).

Se ve, pues, claramente la analogía entre el proceso evolutivo de selección natural y el proceso de selección de hipótesis o teorías en el ámbito del conocimiento científico; en ambos casos el punto de partida lo constituye una suerte de *a priori* cuya validación es siempre provisoria, pero su inviabilidad es definitiva. Además, en ambos casos se supone un cierto curso en el que se produce un paulatino perfeccionamiento, vale decir, no sólo se trata de que el proceso evolutivo está determinado por la suerte que corre la viable o inviable estructura orgánica en su relación con el medio o la capacidad explicativa de una teoría, sino que ambas “evoluciones” significan siempre alcanzar grados superiores de complejidad y, por lo tanto, ser “mejores” en lo que les es propio.

Ahora bien, por otra parte, al interpretar la integración al medio y, por lo tanto, la sobrevivencia como un proceso análogo a la verificación (provisoria) y a la falsación (definitiva), se puede ver que Popper parece entender la verdad según la concepción tradicional de “adecuación entre la cosa y el entendimiento”. Efectivamente, en nota a *La lógica de la investigación científica*, nota posterior a la primera edición, sostiene que Tarsky habría resuelto el problema de establecer la noción de verdad, y allí Popper afirma: “Nunca subrayaremos demasiado que la idea tarskiana de verdad (para cuya definición en el campo de los lenguajes formalizados ha dado Tarsky un método) es la misma en la que pensaba Aristóteles, y en que piensa casi todo el mundo (excepto los pragmatistas): la de que *la verdad es la correspondencia con los hechos* (o con la realidad)” (POPPER, 1990, 255n). No se puede evitar atribuir un cierto tono irónico a la frase al pasar y entre paréntesis “excepto los pragmatistas”, porque éstos no serían “como todo el mundo”. Pues bien, en lo que sigue se tratará de mostrar que, en realidad, a partir del evolucionismo de la teoría popperiana de las ciencias y de su desarrollo, el concepto de verdad que le es atribuible es más propiamente el concepto pragmático que el de adecuación.

Efectivamente, como afirma Popper, Tarsky sostiene que su concepción de verdad se encuentra ya en Aristóteles, al punto que Tarsky en su famoso artículo sobre la verdad cita casi literalmente a éste: “Decir de lo que es que no es, o de lo que no es que es, es falso, mientras que decir de lo que es que es, o de lo que no es que no es, es verdadero” (TARSKY, 1974, 19). Más adelante agrega que, de las distintas formulaciones de la teoría de la adecuación, la de Aristóteles es la más precisa y clara; sostiene también que el término ‘verdadero’ es adecuado desde el punto de vista material si al reemplazar una oración arbitraria por la letra ‘p’ y designar a esa oración con la letra ‘X’, vale la siguiente equivalencia (V) ‘X es verdadera si, y sólo si, p’, y llama “equivalencia de la forma (V)” a toda equivalencia de esta clase. Conforme a lo anterior afirma que “deseamos usar el término ‘verdadero’ de manera tal que puedan enunciarse todas las equivalencias de la forma (V), y llamaremos ‘adecuada’ a una definición de la verdad si de ella se siguen todas estas equivalencias” (TARSKY, 1974, 71). A esta noción de verdad Tarsky la llama “concepción semántica” de la verdad. No obstante, para dar con una definición

de verdad es necesario establecer también la corrección formal de esta definición, para ello Tarsky acude a la ahora muy conocida distinción entre metalenguaje' y 'lenguaje objeto', de tal manera que el metalenguaje contenga variables de un tipo lógico superior al de las del lenguaje objeto, lo cual, en términos de Tarsky, significa que el metalenguaje es "esencialmente más rico" que el lenguaje objeto. Se trata de resolver el problema de la verdad desde la noción de "satisfacción", para lo cual Tarsky acude al concepto de función, y define la oración como una "función proposicional que no tiene variables libres" (TARSKY, 1974, 8).

Puede decirse, a este respecto, que la solución de Tarsky sigue y amplía la formulación de Frege que se remonta a 1891 "un concepto es una función cuyo valor es siempre un valor de verdad" (FREGE, 1974, 19), si bien lo que Frege aquí llama "valor de verdad" no coincide con el concepto de "verdadero" que Tarsky pretende elucidar, sí da las pistas para lograrlos. Para ello Tarsky comienza por definir la noción de satisfacción: ciertos objetos satisfacen una función dada si ésta se convierte en una oración verdadera cuando reemplazamos sus variables libres por nombres de los objetos dados" (TARSKY, 1974, 82). No obstante, pese al carácter intuitivo de esta definición, presenta el problema de incluir el término "verdadero", y lo que se pretende es definir lo verdadero a partir del concepto de "satisfacción", siendo esta noción de "satisfacción" de un tipo lógico superior al del lenguaje objeto. La determinación del concepto de "satisfacción" se hace mediante un método recursivo (TARSKY, 1956, 186) que permite establecer semánticamente las condiciones de verdad de una proposición. Así, como sostiene Tarsky, la conclusión final de su método es que "para todo lenguaje formalizado, se puede construir una definición de oración (*sentence*) verdadera formalmente correcta y materialmente adecuada en el metalenguaje, sólo con la ayuda de expresiones pertenecientes a la lógica general, de expresiones del lenguaje mismo y de términos de la morfología del lenguaje, pero bajo la condición de que el metalenguaje posea un orden superior al del lenguaje que es objeto de investigación (TARSKY, 1956, 173). De modo que el concepto de "satisfacción" o "cumplimiento" encuentra sentido desde un metalenguaje que permite establecer, precisamente, las condiciones de tal satisfacción.

Popper, como veíamos, adhiere expresamente a esta concepción de verdad, y con grandes elogios. Sin embargo, sin bien parece que su teoría de la contrastación empírica implica un concepto de verdad como adecuación, ésta es sólo aplicable a fórmulas interpretadas, de modo que la verdad o falsedad de una teoría como tal no se somete a esta concepción. Por otra parte, las proposiciones protocolarias o enunciados básicos son susceptibles de ser sometidos a contrastación en la medida que la fórmula general tiene una interpretación y, por lo tanto, sólo entonces es susceptible de ser verdadera o falsa. Sin embargo, "la lógica de la investigación científica" no termina meramente con la contrastación de hipótesis y conjeturas, esta lógica pretende algo más, pretende ser un método evolutivo y, por lo tanto, dinámico, por el que se consigue una superación y perfeccionamiento de

la ciencia misma, mediante un proceso de selección de teorías en competencia. El criterio de selección, sin embargo, parece no ser exclusivamente veritativo, y esto porque, como Popper insiste en numerosos lugares, ninguna teoría puede pretender haber alcanzado el status de definitiva, en el sentido de haber dado absolutamente con lo real, de haber alcanzado un nivel perfecto de adecuación con lo “real”.

Popper insiste en que son siempre “aproximaciones”, de modo que, en realidad, el concepto de verdad de Tarsky no es el que está a la base de la teoría popperiana, porque desde Tarsky no se sabría cómo interpretar una “aproximación” a la verdad. Asimismo, el uso del término “satisfacción” parece tener un sentido distinto en Popper y en Tarsky. En Popper satisfacción significaría simplemente la contrastación empírica de un enunciado protocolario perfectamente determinado según fórmulas metodológicas explícitas previamente establecidas. En la primera edición de *La lógica de la investigación científica* sostiene: “en la lógica de la ciencia que he bosquejado es posible evitar el empleo de los conceptos de verdadero y falso; en sus lugar pueden entrar consideraciones lógicas acerca de las relaciones de deductibilidad” (POPPER, 1990, 255). Y le parece que, como no representa ninguna dificultad eludirlos, no pueden ser realmente fundamentales. Pero más tarde, como veíamos, en virtud de su conversión tarskiana, estos conceptos resultan redimidos.

Sin embargo, en *Búsqueda sin término*, relatando sus primeras experiencias filosóficas, frente a su defraudante trato con la *Ética* de Spinoza, resuelve adoptar como principio, “no argumentar nunca acerca de las palabras y sus significados” (POPPER, 1994, 23). Ahora bien, lo que pretendía Tarsky con su teoría de la verdad era, precisamente, fijar el significado del término verdad, tanto así que Tarsky sostiene que su “definición de verdad” es semántica, y entiende por ésta a la disciplina que se ocupa de ciertas relaciones entre las expresiones de un lenguaje y los objetos (o “estados de cosas”) a que se refieren esas “expresiones” (TARSKY, 1997, 72). De modo que Tarsky resultaría ser un esencialista en la medida que intenta establecer el verdadero significado del término verdad y precisarlo conceptualmente.

Pero la cuestión es si acaso efectivamente, como pretende Popper, la concepción tarskiana de verdad es la que está a la base de su teoría de la falsación. A este respecto, una cuestión central en el planteamiento de Popper es que las teorías son formuladas para la resolución de problemas (POPPER, 1990, 258; 1995a, 17), y no para comprender especulativamente el mundo, o algo así; tampoco debe tener, una teoría científica, la pretensión de dar cuenta de la totalidad, es decir, de alcanzar un nivel de universalidad absoluto. La evolución científica se produce cuando es posible decidir empíricamente entre una teoría y su rival (POPPER, 1990, 259). Popper sostiene que la corroboración no es “un valor ‘veritativo’, es decir, que no puede equiparársela a los conceptos de ‘verdadero’ y ‘falso’

(que están libres de subíndices temporales): pues para uno y el mismo enunciado puede existir un número cualquiera de valores distintos de corroboración, todos los cuales serán, sin duda ‘correctos’ o ‘verdaderos’ simultáneamente; pues serán valores deductibles de la teoría y de diversos conjuntos de enunciados básicos, que estarán aceptados en fechas distintas” (POPPER, 1990, 257). Pero en absoluto los conceptos de ‘verdadero’ ‘falso’ están libres de una determinación temporal si se los entiende efectivamente como adjetivos, por cuanto son, como insiste Tarsky, predicados del nombre de una oración, la cual de suyo tiene un componente temporal.

La corroboración de una hipótesis se hace respecto de enunciados básicos cuya formulación depende del desarrollo mismo de la teoría y, por lo tanto, según Popper, no es posible nunca decir que “un enunciado esté corroborado en sí mismo, sino sólo respecto a algún sistema de enunciados básicos” (POPPER, 1990, 256), pero este “enunciado” del que Popper habla en primer lugar es en realidad “un sistema teórico”, es decir, una hipótesis. Ciertamente, la contrastación de una hipótesis, como tal, está sujeta tanto al desarrollo mismo de la teoría como, incluso, a los medios técnicos e instrumentos pertinentes para su corroboración. En cambio, se puede afirmar que un enunciado es ‘verdadero’ en sí mismo, es decir, sin respectividad alguna; pero eso es exactamente lo que ocurre con los enunciados básicos, los cuales quedan corroborados o falsados, como tales enunciados básicos de una vez; si no fuera así, la misma falsación de una teoría no sería posible.

Las teorías, así como también las disposiciones y órganos vitales, están ordenados a resolver problemas, éstos el problema de la vida, aquéllas a resolver los problemas que el mismo sujeto se plantea en una “búsqueda sin término”. De tal manera que unas y otros, circunstancial y provisoriamente, pueden servir para resolver el problema de la vida, sea en el orden existencial, sea en el orden teórico-práctico. El mismo rechazo del esencialismo significa un implícito rechazo a la comprensión de la ciencia como “contemplación”, porque ésta se dirigiría a las esencias en las cuales, una vez alcanzadas, el entendimiento reposaría absolutamente. La solución de un problema no significa de ningún modo certeza, ni tampoco adquiere nunca el carácter de definitivo, sino que la solución tiene siempre un carácter instrumental, tanto así que las razones que conducen a elegir una entre varias soluciones tienen siempre un contenido pragmático implícito.

Según Popper, sus opiniones difieren de las de los pragmatistas, porque éstos “proponen definir la ‘verdad’ a base de los éxitos de una teoría –y por tanto, de su utilidad– o de su confirmación o su corroboración. Si meramente pretenden afirmar que una evaluación lógica del éxito de una teoría no puede ser sino una evaluación de su corroboración, estoy dispuesto a admitirlo” (POPPER, 1990, 257). Pero es difícil sostener que la verdad se constituye a partir de la “evaluación lógica” de una teoría, y no es eso en absoluto lo que sostienen los pragmatistas. Y

en nota, Popper vuelve a afirmar que si se pretende identificar “verdadero” con “exitoso” o “corroborado”, se debería introducir un nuevo concepto “intemporal” y “absoluto” que desempeñaría el papel de “verdad”. Sin embargo, los pragmatistas, al identificar el concepto de “verdad” con lo útil no pretenden en absoluto que el concepto de “verdad” tenga un valor absoluto o intemporal. Por el contrario, al igual que Popper, James, por ejemplo, sostiene que verdad significa adecuación con la realidad (JAMES, 1997, 26), el problema surge cuando se intenta establecer qué ha de entenderse por los términos “adecuación” y “realidad”. Y la crítica de James se dirige a la concepción de la adecuación como “copia” o “reproducción” intelectual o imaginativa de lo real, crítica con la que Popper estaría sin duda de acuerdo.

Más aún, James sostiene que el pragmatismo se caracteriza por la índole de preguntas que plantea respecto de la verdad o falsedad de una idea: “Admitida como cierta una idea o creencia, –pregunta– ¿qué diferencia concreta se deducirá de ello para la vida real de un individuo? ¿cómo se realizará la verdad? ¿qué experiencias serán diferentes de las que se obtendrían si estas creencias fueran falsas? En resumen, ¿cuál es, en términos de experiencia, el valor efectivo de la verdad? (JAMES, 1997, 27). A este respecto es necesario señalar, en primer lugar, que, como es sabido, Popper sostiene que la “ciencia no es un sistema de enunciados seguros y bien asentados, ni uno que avanzase firmemente hacia un estado final. Nuestra ciencia no es conocimiento (*episteme*); nunca puede pretender que ha alcanzado la verdad, ni siquiera el sustituto de ésta que es la probabilidad” (POPPER, 1990, 259). Popper concibe, pues, el concepto de verdad como un concepto límite, que se parece mucho al “ideal de la razón” kantiano”, vale decir, que tiene un valor meramente heurístico, como límite inalcanzable, ideal, de un saber al que éste se acercaría asintóticamente. De manera que la única crítica al concepto pragmático de verdad que Popper sostiene, se basa en el propósito que él tiene de conservar el concepto de verdad como límite inalcanzable, intemporal y absoluto, lo cual le sirve para descalificar todo verificacionismo, porque se propondría algo imposible. Para James, por el contrario, “la verdad de una idea no es una propiedad estancada inherente a ella. La verdad acontece a una idea. *Llega a ser cierta, se hace cierta por los acontecimientos*” (JAMES, 1997, 27). De modo que al despojar la verdad de su carácter intemporal, se convierte en principio de acción antes que de contemplación.

Luego, si la diferencia entre Popper y James no es una cuestión puramente semántica, es necesario preguntar por qué Popper insiste en mantener una concepción de verdad que él mismo declara inalcanzable e incontrastable y, por lo mismo, de contenido metafísico. Por otra parte, al sostener que una evaluación de la corroboración del éxito de una teoría es una evaluación meramente lógica (POPPER, 1990, 256) contradice sus propios presupuestos, por cuanto la evaluación final de una teoría en competencia con otra se hace según sostiene Popper, conforme a la diferencia de contenido informativo antes que conforme

a su contenido lógico, y la evaluación del contenido informativo (o empírico) (POPPER, 1995a, 37) no es meramente lógica. Más aún, en realidad se puede decir con James (JAMES, 1997, 27) que de lo que se trata es de las consecuencias prácticas que se producen al aceptar o rechazar una teoría. Ahora bien, la razón de fondo por la cual Popper distingue entre la verdad de una teoría y su contrastación empírica, es que el mantenimiento de la idea de que las teorías se aproximan paulatinamente a la verdad “presupone –lo mismo que la idea de la verdad como principio regulativo– una *concepción realista del mundo*” (POPPER, 1995a, 39). No se trata de que la realidad sea tal como la describen las teorías científicas, pero a Popper le parece que no sólo la afirmación de la existencia de un mundo real, sino sobre todo la hipótesis (por cierto no falsable y, por lo tanto, metafísica) de que las ciencias se aproximan paulatina y asintóticamente a la realidad, salva a la ciencia de devaneos idealistas que constituyen –parece– una tentación ineludible de la razón cuando se abandona a sí misma. “La ciencia es un sistema producto de ideas humanas, hasta cierto punto tiene razón el idealismo. Pero esas ideas pueden fracasar en la probabilidad. Por ello tiene razón el realismo en última instancia” (POPPER, 1995a, 40).

Pero, como sostiene Wallner, si “la realidad está allí, y sólo entonces alcanzo el conocimiento de la realidad, y la realidad es el *objeto* del conocimiento, entonces es poco claro con qué derecho supongo que los procedimientos que uso para alcanzar el conocimiento conducen efectivamente al conocimiento de la realidad, y no a algo otro” (WALLNER, 1994, 17). Para establecer, pues, esa presunta aproximación a la realidad no es suficiente el que las teorías sean cada vez más universales, o que tengan un contenido “informativo mayor”, porque ambos criterios son, en realidad, lógicos, uno es el conjunto complementario del otro. Para determinar la aproximación de una teoría a la verdad, entendida ésta como correspondencia con lo real, cualquier criterio lógico se revela como insuficiente.

Para Popper, en realidad, el criterio de verdad está determinado por el “éxito” o el “fracaso” de una teoría, que es precisamente la tesis pragmática. Si bien “el antiguo ideal científico de la episteme –de un conocimiento absolutamente seguro y demostrable– ha mostrado ser un ídolo” (POPPER, 1990, 261), a Popper no le parece que también lo sea el ideal de una verdad que trascienda los límites de lo meramente práctico, de lo útil, y de una interpretación puramente biológica de la ciencia, como sería aquella que sostiene que ésta está meramente al servicio de la supervivencia. Lo que ocurre es que, además de la hipótesis metafísica de una aproximación sistemática a la verdad, Popper establece una diferencia fundamental entre la tesis evolucionista del saber y el procedimiento darwiniano de la naturaleza, y lo hace de tal modo que recuerda el libro alfa mayor de la *Metafísica* de Aristóteles: “Pero la ciencia tiene un valor que excede al de la mera supervivencia biológica; no es solamente un instrumento útil: aunque no puede alcanzar ni la verdad ni la probabilidad, el esforzarse por el conocimiento

y la búsqueda de la verdad siguen constituyendo los motivos más fuertes de la investigación científica" (POPPER, 1990, 259).

Ciertamente, pero el principio motivante de la investigación científica no puede convertirse en el criterio de realidad, por una parte, y, por otra, la tesis puramente evolucionista de contenido pragmático que afirma que el éxito asegura la verdad de una teoría, no deja de ser peligrosa, porque puede ligar el desarrollo y evolución de la ciencia a planteamientos políticos e ideológicos. En este sentido, si hubiera triunfado, por ejemplo, la Alemania nazi, seguramente hubiera sido la física de Philipp Lenard y no la de Einstein la declarada vencedora en la competencia. De modo que, desde los mismos supuestos de Popper, ni la solución darwiniana, ni la concepción de verdad de Tarsky resuelven el problema que queda planteado a partir de la escisión entre los mundos uno y tres.

BIBLIOGRAFÍA

DARWIN, Ch., *El origen de las especies*, Madrid: Ed. Sarpe, 1983.

DARWIN, *Autobiografía y Cartas escogidas*, Madrid: Ed. Alianza, 1984.

FREGE, Gottlob, *Función y concepto*, en *Escritos Lógico-semánticos*, Madrid: Ed. Tecnos, 1974.

JAMES, William, *Concepción de la verdad según el pragmatismo*, en NICOLÁS, Juan Antonio y FRÁPOLLI, María José, *Teorías de la verdad*, Madrid: Ed. Tecnos, 1997.

POPPER, *La lógica de la investigación científica*, Madrid: Ed. Tecnos, 1990.

POPPER, *Búsqueda sin término*, Madrid: Ed. Tecnos, 1994.

POPPER, K., *La responsabilidad de vivir*, Barcelona: Ed. Paidós, 1995a.

POPPER, K., *Popper escritos selectos*, México: Ed. Fondo de Cultura Económica, 1995b.

TARSKY, Alfred, *La concepción semántica de la verdad y los fundamentos de la semántica*, en NICOLÁS, Juan Antonio & FRÁPOLLI, María José, *Teorías de la verdad*, Madrid: Ed. Tecnos, 1974.

TARSKY, Alfred, *Logic, semantics, metamathematics*, Oxford: Clarendon Press, 1956.

WALLNER, Fritz, *Ocho lecciones sobre el realismo constructivo*, Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1994.